

## BARTOLOMÉ DE LAS CASAS ANTE LA CONQUISTA DE AMÉRICA

*Juan Durán Luzio*

*Las voces del historiador*

Universidad Nacional, Costa Rica

Una de las consecuencias lamentables de la ultraespecialización y el ultracientificismo que hoy día se fomentan desde las universidades es la desaparición paulatina en los textos críticos de un hablante involucrado totalmente en la materia tratada. No me refiero, por supuesto, a una subjetividad mal llamada “impresionista”, sino a una presencia autorial que sin abandonar el rigor y la disciplina del análisis filológico o posfilológico adopte una postura ética ante sus opiniones y puntos de vista, pues ya a

estas alturas no hace falta repetir que en las humanidades resulta absurdo aspirar siquiera a la exactitud o a la asepsia definitivas. Tal difícil convivencia de lo exhaustivo y lo personal era lo que reclamaba Mariano Picón-Salas cuando, en el prólogo a uno de sus ensayos más importantes, *De la Conquista a la Independencia*, escrito al amparo de la eficiente universidad norteamericana, reclamaba la necesaria pervivencia de un “lado humano y sensible” en todo “buen estudio”. Es también la actitud que antes exigía José Carlos Mariátegui al introducirnos al último de sus *Siete ensayos...*, donde aclaraba que su exposición era “convicta y confesamente un testimonio de parte”. Es, en fin, la práctica característica del trabajo que analizaremos en estas líneas—su título, *Bartolomé de Las Casas ante la conquista de América*; su autor, Juan Durán Luzio, conocido crítico y profesor chileno<sup>1</sup>.

“Podrá parecer que en este libro y como en los de Bartolomé de Las Casas en sus días—guardando respetuosa distancia— se toma un partido; así es, pero se tratará de razonar y justificar en cada instancia el porqué de esa parcialización” (12). Semejante advertencia de Durán Luzio bastará para probar lo dicho previamente y, sobre todo, nos ayudará a entender una de las premisas básicas de la labor del crítico: la imposibilidad “moral”, en el sentido más elevado del término, de hacer un deslinde estricto entre sujeto que investiga y objeto investigado, ya que estudiar a Las Casas plantea a todo americano—me atrevería a decir que asimismo a todo español— el acceso a cuestiones medulares de su identidad histórica. Pensar en el Defensor de los Indios, de una manera u otra, implica tomar postura con respecto al estado de un problema pretérito que sigue aún vivo y no ha dejado nunca de ser actual: la persistencia de una América colonial luego de proclamadas varias independencias tan relativas como entusiastas. ¿Cómo pasar por alto sin ser ingenuos que el ambiguo presente de una veintena de naciones es la continuación innegable de violencias fundacionales?

La perspectiva comprometida del crítico nos sitúa en un marco fenomenológico de complejidad extraordinaria. Uno de los asuntos básicos en los que se interna Durán Luzio es la “literariedad” insoslayable que resume la escritura lascasiana. Con gran minuciosidad se nos revelan las afinidades entre la obra del dominico y al menos cuatro títulos a los que se ha atribuido carácter literario o paraliterario: la *Utopía* de Thomas More, la *Biblia*, los *Ensayos* de Montaigne y *El estrecho dudoso* de Ernesto Cardenal. Los vínculos intertextuales en sentido amplio y estricto que Durán Luzio verifica dibujan un mapa no sólo del “arte” historiográfico de Las Casas, sino de la recepción transtemporal de sus obras. Dichos vínculos subrayan, igualmente, la vitalidad de estas últimas que, enraizadas en otros textos, son capaces de promover en los lectores nuevos esfuerzos intelectuales y creadores. La parcialidad pregonada por el crítico contemporáneo también ha de interpretarse, entonces, como fruto reciente de las semillas arrojadas hace varios siglos por fray Bartolomé: estamos ante un estudio, ciertamente, pero no por eso sus enunciados se limitan a hacer contar hechos; por el contrario, se empeñan en añadir a lo estudiado valores particulares de un americano del siglo XX: resultan, así, lenguaje “actuante”, intervención en la realidad. ¿En qué

<sup>1</sup>Juan Durán Luzio. *Bartolomé de Las Casas ante la conquista de América. Las voces del historiador*. Costa Rica: Editorial de la Universidad Nacional, 1992. Durán Luzio ha publicado antes los siguientes libros: *Creación y utopía. Letras de Hispanoamérica* (1979); *Prosa y poesía renacentista en Hispanoamérica* (1980) y *Lectura histórica de la novela* (1982).

consiste esa intervención? En la proposición o, más bien, reafirmación convencida de Bartolomé de Las Casas como paradigma aún vigente de un *ethos* hispánico.

El aserto anterior requiere que nos detengamos en algunos pormenores. Para el crítico, desarmar los argumentos de quienes tachan al Apóstol de los Indios de antipatriota o demente, además de una iniciativa polémica, constituye una coyuntura ideológica primordial. Menéndez Pidal, el más célebre de los detractores, recurrió a tesis pseudopsicológicas para demostrar una supuesta paranoia que invalidaría las ideas expuestas en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552). Durán Luzio opta por analizar los préstamos y las reelaboraciones patentes que hace este escrito de otro previo: una carta de denuncia enviada por catorce sacerdotes a la Corona española en 1516. Con ironía verdaderamente lascasiana, *Bartolomé de Las Casas ante la conquista de América* llega a la conclusión de que si tras la *Brevísima relación...* había locura, los síntomas eran francamente colectivos y afectaban a todos los firmantes del documento precedente. El parentesco de ambos es tan profundo al referirse a las atrocidades bélicas, al emplear estrategias retóricas y al indignarse frente a los sucesos, que la caracterización que se haga de uno ha de hacerse del otro. Las Casas, escritor consciente de su oficio, imprime fuerza persuasiva a acontecimientos que, por su parte, completa y enriquece con ciertas hipérboles (123), como se le ha recriminado, pero jamás con irresponsabilidad historiográfica y humanitaria: “Fray Bartolomé no escribe una crónica del todo ficcionalizada y demencial de la conquista sino una historia con base documental, apoyada en otras fuentes escritas que le sirven para dar más visos de verosimilitud a su referente” (125). En el deseo de Durán Luzio de anular la imagen paranoica del historiador, creo, hay implícita una visión más ennoblecedora de la comunidad espiritual panhispánica: la de Las Casas fue, más que demencia, una conciencia crítica de la que no podrían enorgullecerse otras empresas imperiales llevadas a cabo en América, África y Asia por la misma época. Doble no fue la personalidad del denunciante, sino la de una cultura que nacía desgarrada entre contrarios: el genocidio y la filantropía.

Detalle notorio es el subtítulo elegido por Durán Luzio para su trabajo. *Las voces del historiador* alude a “la universal dualidad que va del autor al narrador, de la voz del hombre vivo a la voz que queda fija en el texto y enuncia su discurso” (144); pero, a la vez que expresa una ambivalencia ontológica, apunta a la existencia de fenómenos intertextuales ya mencionados líneas antes y, especialmente, a uno de los principales rasgos del método lascasiano: la ironización del relato histórico. El tercer capítulo del libro está dedicado íntegramente a las consecuencias que puede tener este hecho a la hora de determinar por qué la monumental *Historia de las Indias* jamás fue publicada en vida de fray Bartolomé. La respuesta de nuestro crítico se fundamenta en la escritura y no en inciertas hipótesis biográficas: “el rasgo constructivo del texto que aquí se privilegia es el empleo del lenguaje burlesco, satírico y a veces sarcástico por parte del narrador para relatar varios episodios de las discutidas gestas de los españoles en el Nuevo Mundo. El uso reiterado de un humor descengañado y punzante [...] convierte en inusual la *Historia de las Indias*. Este tipo de lenguaje no era de uso entre historiadores para dar relación de los hechos pasados: la burla y la ironía apenas sobrepasan entonces los límites bien marcados por la retórica a ciertos géneros literarios menores” (189). Lo que distingue la obra lascasiana de la sola sátira histórica es la función práctica de la duplicidad sarcástica en sus párrafos: al mismo tiempo que se degradaba la grandiosidad con la que los cronistas oficiales como Gómara o

Fernández de Oviedo habían dotado a la carnicería americana, el mentís tropológico acompañaba a la famosa combatividad vital del hombre historiador. Las “voces” de Las Casas, por consiguiente, son las del ironista que dice y se desdice simultáneamente, las del que nombra una cosa con las palabras que corresponden a otra. Un ejemplo nos ahorrará muchas explicaciones. Según cuenta la *Historia de las Indias* y cita Durán Luzio, durante la campaña de Cortés en el actual México, después de varios incidentes violentos, los indígenas

salieron en fin a ciertos llanos [...] donde los de caballo pudieron hacelles daño, los cuales alancearon innumerables; y díjose que habían muerto en esta entrada sobre 30.000 ánimas; y ésta fue la primera predicación del Evangelio que Cortés introdujo en la Nueva España. (212)

El trueque de términos con que fray Bartolomé remata el episodio es un “testimonio de parte” más que una broma lingüística; obviamente, sus contemporáneos no estaban preparados para una historia no contada por vencedores y ello basta para que el escritor postergue la publicación hasta la llegada de tiempos más aptos para la comprensión de sus páginas amargas. Fragmentos como el anterior cobran, analizados por Durán Luzio, poder descriptivo del pensamiento y el estilo de Las Casas; sólo con inversiones de sentido el historiador logró hablar de lo que también hoy se nos presenta como contrasentido —la rapiña disfrazada de catecismo, el ensanchamiento del mundo cristiano mediante el exterminio y el martirio (212).

Cuando el crítico pase a ocuparse en el capítulo cuarto del diálogo entablado por Montaigne con la obra de Las Casas, su punto de vista respecto de la irrupción europea en el Nuevo Mundo estará ya suficientemente definido. Según subraya *Bartolomé de Las Casas ante la conquista de América* la presencia de la *Brevísima relación...* en los *Ensayos* que tratan de los nativos americanos es indiscutible y mucho más importante que la de Gómara, puesto que sí éste aporta datos “curiosos” sobre el entorno novomundista, el libro del dominico postula los principios interpretativos de la acción militar nefasta ejercida sobre seres humanos nacidos en libertad natural. Las opiniones montaignianas, sutilmente adversas a los excesos violentos de los conquistadores, son para Durán Luzio y su agudo examen textual (237-81) eco y profundización de la palabra lascasiana. De paso, esta propuesta puede dar pie a una comprobación satisfactoria para los lectores hispanos: la importancia de fray Bartolomé como autor influyente incluso en una de los pensadores más audaces y representativos del Renacimiento.

Las certeras intuiciones y observaciones de Durán Luzio a lo largo de todo su libro merecen nuestra atención por muchas razones que escapan del alcance de estos breves apuntes. Aquí me he limitado a recordar sólo algunas de ellas que destacan por su originalidad. Pocos son los trabajos críticos donde la pasión y la sensatez convivan en armonía y donde, por otra parte, los estudios literarios hispanoamericanos establezcan el necesario y hasta ahora escaso contacto con espacios sumamente fértiles como el del análisis comparatista. *Bartolomé de Las Casas ante la conquista de América*, no es una exageración afirmarlo, constituye uno de esos lugares de reunión privilegiados que señalan rumbos futuros en los estudios de la cultura latinoamericana.

MIGUEL GOMES

The University of Connecticut-Storrs